

The background of the entire image is a dense collection of vertical bamboo scrolls. Each scroll is wrapped in light-colored paper or silk, and many have vertical columns of Chinese calligraphy in various colors, including green, red, and black. The scrolls are slightly out of focus, creating a sense of depth and texture. The lighting is soft, highlighting the natural grain of the bamboo and the smooth surface of the scroll covers.

Alberto Laiseca

**LAS AVENTURAS
DEL PROFESOR
EUSEBIO FILIGRANATI**

INTERZONA

The background features several light gray geometric shapes: a rounded triangle at the top, a diamond-like shape on the left, a triangle on the right, and a rounded inverted triangle at the bottom.

**LAS AVENTURAS
DEL PROFESOR
EUSEBIO FILIGRANATI**

Alberto Laiseca



**LAS AVENTURAS
DEL PROFESOR
EUSEBIO FILIGRANATI**

INTERZONA

INTERZONA

Laiseca, Alberto

Las aventuras del profesor Eusebio Filigranati. - 2a ed. -
Buenos Aires : Interzona Editora, 2013.
272 p. ; 21x13 cm.

ISBN 978-987-1920-34-1

1. Narrativa Argentina. 2. Novela.
CDD A863

©Alberto Laiseca, 2003-2013

©interZona editora, 2003-2013
Pasaje Rivarola 115
(1015) Buenos Aires, Argentina
www.interzonaeditora.com
info@interzonaeditora.com

Coordinación: Brenda Wainer
Diseño de maqueta: Gustavo J. Ibarra
Composición: Hugo Pérez
Foto de tapa: Shutterstock
Composición de tapa: Brenda Wainer
Corrección: Clara Oeyen

ISBN 978-987-1920-34-1

Impreso en la Argentina. *Printed in Argentina*

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

NO ME DIGAS GORDA
(LA VENGANZA DE LA “VÁMPIRA”)



Fin de la tarde en un día de enero excepcionalmente caluroso. El profesor Eusebio Filigranati tomaba unos deliciosos “viniyos”, apoltronado en su asiento favorito: como una prínmula estival en el medio de su parque. Este rodeaba una costosa propiedad suya en San Miguel, provincia de Buenos Aires.

Pero de repente una impronta trágica: alguien llama a la tranquera. “Es tan sólo un tardío visitante. Sólo esto y nada más.” *El cuervo*, Edgar Allan Poe, díjose. Y aprestose a levantarse y atender, veloz cual cetáceo. La bañadera de las ocas.

Quedó sorprendidísimo. Era la gorda Teresa. Más gorda y linda que nunca. Hacía diez años que no la veía.

—Tere, dulce, ¿qué hacés aquí? ¿Cómo averiguaste mi dirección?

—Una busca y al final encuentra. Por suerte o para desgracia de los otros.

Desoyendo la advertencia el profesor le abrió la tranquera. Pero ella se quedó.

—Antes te quiero aclarar algo, lindo. Me sigue la yuta.

—Me importa tres carajos. Pasá.

Filigranati corrió su comfortable asiento hasta detrás de la casa y puso otro. De tal manera si algún bonaerense fichaba desde la tranquera la construcción tapaba todo.

—¿Te tomás un “viniyo”?

—No sólo me tomo uno sino hasta tres, aunque no sea mi estilo —la Tere echó una mirada en torno y aprobó: —Parece que te vino la buena, pibe.

—Y... alguna vez me tenía que tocar.

—Me habían dicho. ¿Noruega?

—Suecia.

—¿Y cómo es Suecia?

—Hace mucho frío.

—¿Y los suecos?

—Unos hijos de puta. Pero buenos pibes.

Ella sonrió:

—¿Y antes? ¿De qué vivías?

—De lo mismo que vivo ahora, en realidad. Les enseñé caligrafía a los nochtis del Barrio Chino. Porque te digo: del premio usé nada más para comprar esta casa. El resto a Suiza. No quiero que me cague algún rapiñero gobierno.

El rostro de Teresa se ensombreció. Luego dijo suavemente y mirando el pasto (aún no había probado su vino):

—Eusebio...

—Decime Lai. Ése es mi nombre chino de guerra: Lai Chú Tsé.

—Ya sé. Lai...

—Sí.

—No puedo disfrutar de la conversación ni del vino si antes no te pregunto algo. ¿Podés guardarme tres o cuatro días? Si no podés decímelo y...

—Te podés quedar tres o cuatro años.

—¿Seguro? Mirá que yo...

—No te preocupes. La casa es grande. Vas a tener cuarto propio y hasta con bañito viene.

La gorda se aflojó:

—Bueno. Menos mal. Ahora te lo puedo decir: no tenía a dónde ir.

—Me lo imaginé.

Pero yo ...

—No te preocupés. Todo bien.

La tranquilidad la quebró y dio paso, por fin, al afecto:

—No sabés cuánto te lo agradezco.

Filigranati abrió los brazos como diciendo: “Así somos nosotros”.

—Decime, Tere...

—¿Qué?

—Si no querés contarme no lo hagas, pero...

—No hay problema. Me siguen por una transa que salió mal. Era una cama. Decí que de lejos olfateé que venía fiero el caldo e gato y rajé. Pero igual tienen mi nombre y al derpa no puedo volver.

—¿Era mucha la merca?

—Nooo, para nada. Menos de tres kilos. Pero ya sabés cómo es la yuta cuando una los deja afuera. Abusan de una pobre mujer. Y... te ven sola. Son unos forros.

Aquella conversación parecía la del Sombrerero y la Liebre de Marzo. Sólo faltaba el Lirón.

—¿Así que seguís sola, Tere?

—Vos ya sabés toda mi historia.

—Mirá, dulce: te propongo que terminemos los vinos y después me ayudás a buscar leñita seca para el asado. Aquí en el parque hay mucha. Se cae de los árboles cuando cambian, ¿viste?

—¿Cuando cambian qué?

—Cuando todos los años cambian la ropa.

A Teresa se le iluminó la cara:

—Hace tanto que no comía un asado en el campo. Qué riico.

Entre los dos juntaron una carrada en diez minutos.

Pero ella estaba paranoica:

—Che, decime: con esto de que yo ando yirando por el parque, de aquí para allá, ¿y si me ven de afuera?

—Tranquila. Todo liso. Aunque te identificasen, que no creo, no te tocarían. Yo les pago buena guita para que vigilen la propiedad. Soy un hombre muy respetado aquí. Nadie se mete conmigo.

—Bueno. Está bien.

Filigranati le mostró la casa por dentro (tenía veinte cuartos, algunos ocupados por bibliotecas extrañas) y sus posibilidades. Mientras la Tere se quedaba en la cocina a preparar las ensaladas (a las cosas las

sacó de la heladera) él fue al fondo para hacer el fuego. Con carbón. Leñitas y papeles de diario eran para encenderlo, como bien se sabe. ¡Qué poco chino es andar dando tantas explicaciones!

Los carbones ya habían prendido. Pronto los desparramaría bajo la parrilla, con un agujero en el medio, sin brasas (de acuerdo a las reglas del arte) y pondría las tiras, los chinchulines, tripas gordas, chorizos y morcillas. Poco de cada, puesto que sólo eran ellos dos.

Mientras el asunto casi se hacía solo, Filigranati se puso a pensar. Recordaba, por ejemplo, todo lo que sabía de Teresa. Siempre fue gorda. Precisamente su tendencia a la obesidad era uno de los temas que la humillaban y hacían que no se quisiese a sí misma. Un culo grande como silla y media. Dos tetas inmensas que hubiesen saciado al más exigente de los mamíferos, incluido nuestro hermano el hipopótamo. Muy linda de cara y con pelo largo, delicioso, ondulado.

Ella, para distraerse, ponía todo en el tema de la gordura. Pero era claro que eso no resultaba lo peor. Desde quince años atrás que no tenía relaciones con ningún flaco.

La chica, en su momento, se lo contó todo. Su manera de hablar era casi subliminal. No se lograba saber qué cosas decía por voluntad y qué se le escapaba sin ser ella del todo consciente. “Yo me llevaba muy bien con Eduardo, mi marido. Cogíamos todo el día, como fascinados. Era nada más que vernos, cuando uno u otro volvía del trabajo, y nos abalanzábamos para quitarnos las ropas. Pero alguien que me odiaba me hizo una brujería. Fue un trabajo de magia negra, ¿sabés? Poco a poco desviaron mi deseo hacia alguien inalcanzable, para que yo me quedase sin el pan y sin las tortas. Me enfrié totalmente. El pobre Eduardo, muy enamorado, no entendía nada. Creyó que era algo malo que él había hecho, alguna cagada que se mandó. Se sentía culpable, toda la bola. Le expliqué, porque las sagitarianas vemos cosas que la gente común no capta. ¿Pero de qué carajo sirven las explicaciones, me querés decir? Nos separamos.

Yo me quedé frígida hasta el día de hoy.”

La gorda medía casi uno noventa. Era como un *panzerfaust* o un

T 34, el blindado soviético. En cierta ocasión, allí en el barrio, a un pobre infeliz se le ocurrió la peregrina idea de violarla. Al principio la cosa pareció que le salía bien. Como estaba distraída logró tirarla al suelo (la agarró por la espalda) e, incluso, poner una de sus piernas entre las de ella. La Tere reaccionó muy rápido: de un zurdazo en las costillas lo dejó boqueando y aprovechó para sacárselo de encima. Se incorporó y antes de que el otro pudiera levantarse, hecha una furia, empezó a pegarle patadas y trompadas. Tres policías hicieron falta para despegarla del tipo. El frustrado violador pedía socorro a gritos. Confesó todo en el acto, con tal de que lo liberasen de ella. “Arrésteme sargento y póngame cadenas, si soy un delincuente que me perdone Friches.” Algo así graznaba mientras iba perdiendo dientes.

Teresa, en general, era de buen carácter. Sólo se enojaba si alguien (aun si era por afecto) le decía *gorda*. “No me digas gorda”, advertía, y aunque vos te murieses de ganas de decírselo, por razones de cariño, más te valía morderte la lengua. En efecto: no le digas gorda. Terminó por hacerse tan costumbre en ella que su saludo, cuando te encontraba, era: “No me digas gorda”. “No, chiquita, por supuesto, ¿cómo te voy a decir eso? Buenas tardes, Teresa.” “Buenas tardes, profesor.”

Pasando por encima de toda prudencia (la calentura tiene cara de hereje) un buen día de ésos Filigranati se lo propuso. Ya no aguantaba más no poder mimarle esas tetas enormes y magníficas. Las dos cornucopias. Soñaba con ella encima de él y con las tetongas pendulando sobre su pecho. Tenía ya la frase preparada: “Mirá mi vida, negra linda: de cintura para abajo mandás vos. De cintura para arriba (sin incluir la cabeza) dejáme mandar a mí”.

Pero no fue posible porque la no me digas gorda no quiso saber nada: “Mirá, Eusebio: ya sabés que yo te quiero muchísimo. Si pudiese andar con alguien lo haría con vos. Pero no puedo”.

Él no volvió a insistir.

Y ahora, que la tenía en su casa, indefensa y necesitada de él, menos que menos. Un caballero no hace esas cosas.

De todas maneras el profesor Eusebio Filigranati entendía la caballeridad a su manera. Ya veremos por qué.

Con el paso de los días la no me digas gorda fue entrando en la felicidad. Al sexo, evidentemente, esta chica no lo necesitaba para nada. Lo único que le cagaba un poco (o bastante) la fruta era que, con la buena vida, se estaba poniendo cada vez más obesa. Filigranati, como era loco y lo único que le miraba (del cuerpo) eran las tetas, la veía cada día más linda. Llegó a ser su obsesión sexual.

Para colmo la Tere, con mucha frecuencia, perdía contacto con la realidad. Llegaba al borde del autismo. En esos momentos hasta se olvidaba de su gordura. Era en esas tardes cuando ella, vestida con una bombacha y un corpiño (malla) ocho números más chicos de lo que le correspondía, con la cabeza gacha y mirando el pasto, cruzaba el parque para meterse en la pileta. Mientras lo hacía, al caminar quiero decir, sus tetas enormes temblaban. Esos pechos divinos estaban pidiendo a gritos que los liberasen de la injusta prisión de una telita mínima, mediocre, que jamás podrá comprender la grandeza.

Filigranati, al verla cruzar: loco.

Cuántas erecciones al pedo habrá tenido por esos días. Él, como todo hombre, sabía cuando le histeriqueaban. Lo peor del asunto es que la Tere no lo hacía a propósito. En esos momentos carecía de conciencia. Ella, tan sencillo como esto, no podía evitar ser la Venus del Neolítico.

Él la miraba nadar como si fuese una diosa de ciento diez kilos. Loco de amor. Y, claro, teniéndola constantemente a tu lado te vas encariñando.

Tere, sin duda, en ese momento, estaba metida en su agujero negro: el hombre amado, secreto, inaccesible. Ese sentimiento que la sociedad castiga.

Pero el profesor Eusebio Filigranati tenía sus pequeñas compensaciones. Nadie sabía que él, en los ratos libres que le dejaba la literatura, trabajaba de sabio loco. Había inventado una cámara de televisión con una lente no más grande que una cabeza de alfiler. La filmaba a

la Tere cuando se bañaba y también cuando la chica se desnudaba en su cuarto. Claro que esto era como rascar una herida: agradable al principio, horrible después. En verdad nada podía sustituir a su deseo más íntimo: pegarle una buena chupada de tetas.

Y unas dos semanas después de la llegada de la chica —el verano seguía formidable e invitaba a tomar cerveza negra, irlandesa— la Liebre de Marzo (o de dos meses antes) comentó:

—No entiendo cómo estás solo.

—Miren quién habla —replicó el Sombrerero.

—Yo vaya y pase. ¿Pero vos?

—No es tan fácil, che. Por ahí la que te gusta no te da bola.

—Tres veces por semana esto se llena de chinos. Te encerrás con ellos en el gran comedor. ¿Se puede saber qué carajo les enseñás?

—Ya te lo dije desde que llegaste: caligrafía oriental.

Incrédula: —¿Les enseñás chino a los nochis?

—¿Y por qué no? Y también geografía, historia de China, Confucio, Lao Tsé, Mencio.

—Qué increíble. Sos único vos.

Él pensaba: “Aquí lo único increíble son tus tetas”.

—Ahora yo digo —prosiguió Teresa—, con todo el fanatismo que esos tipos te tienen, ¿no te podés conseguir a la hermanita de uno de ellos?

—Tuve una chica de esas. ¿Pero sabés qué pasa, Teresa? Todo va en el gusto personal. Y en el estilo. Esas pibas son más lindas vestidas que desnudas. De cara son preciosas. Lo mismo que las vietnamitas. Me pasaría el día entero mirándolas. Pero una vez en bolas...

—¿Y qué drama tenés con ellas?

—Tetas muy chicas, culitos chatos y, vos ya sabés, negra, que a mí me gusta el tocino y el jamón.

Teresa largó una carcajada. Pero al minuto se puso seria y expresó su raye:

—No me digas gorda.

—Pero no, bebé. ¿Cómo te voy a decir una cosa así? Sabés que nunca te haría eso, dulce. Aparte que no sos gorda, sino de cuerpo generoso.

—Estoy como una vaca que tuviera dos chanchitos incorporados
—y señaló sus tetas.

—Estás más linda que nunca.

Viendo lo peligroso del terreno, la Tere cambió en el acto de conversación:

—Pero no me terminaste de contar cómo te fue con ella en la cama.

—Mal. Muy mal. Apenas pude salvar la plata. No sabés lo que me costó levantar a la trompuda (a la serpiente cabezona, quiero decir). Tuve que usar un exorcismo que me enseñó un hindú. ¿Ah, vos te cagás de risa? Pero yo fuera de joda te lo digo.

—Ya sé.

—En definitiva: la china quedó muy contenta. Pero yo no. Coger debe ser un placer, no un nuevo trabajo. Así que al poco tiempo nos separamos. Ella sufrió mucho, ¿pero yo qué podía hacer? Su hermano me perdonó la vida porque soy el Maestro. A cualquier otro lo lo hubiese matado.

—¿Es uno de tus discípulos?

—Sí. Así que te digo: mujeres orientales, nunca más. Al menos que sean tailandesas, porque son muy tetonas. Las únicas de Asia.

—¿A qué se dedican tus chinos?

—Son todos *gangsters*. Buenos chicos. Me cuidan...

Filigranati lanzó un horrendo suspiro. Luego prosiguió:

—Menos mal que soy un tipo variado. Caso contrario tendría una novia cada cinco años y aun así me haría daño. Mirá si uno fuese de un único y exclusivo palo. Por suerte me gustan con locura las masoquistas, las que no lo son, las gordas, las flaquitas tetonas, etcétera. De ser posible que todas tengan cosquillas, eso sí. De ser posible.

—¿Y para qué querés que ellas tengan cosquillas?

—Y... para hacérselas.

—Pero qué hijo de puta que sos.

—Y bueno, che ¿qué querés? Uno salió como salió. Uno es bueno, las mima. Tiene derecho a ciertas compensaciones.

Teresa lanzó una risotada.

Lo único que faltaba en este “vino de locos” era que el Lirón, despertado abruptamente por los ruidos, dijera sin entender absolutamente nada: “Todo lo que ustedes sostienen es la más absoluta de las verdades”. Y se volviese a dormir.

Las crisis de autismo de Teresa comenzaron a hacerse más frecuentes. Una tarde ella desapareció. Filigranati no podía encontrarla por ningún lado. Estaba en el comedor profundo, allí donde les daba clase a sus chinos. Con la luz apagada. Cuando encendió pudo verla semidesnuda, como cuando iba a la pileta, sentada sobre un mimbre. Contemplaba el vacío, absolutamente inmóvil y sin un gesto.

—Teresita, mi amor, ¿qué te pasa?

Silencio.

—Adorada, por favor, mi chiquita... —y le acarició los cabellos. Ella, poco a poco, fue saliendo.

—Eusebio, ¿hace mucho que estás aquí? Perdoname. No sirvo para nada —y se puso a llorar. Él la acariciaba pero sin abusar. Le hubiese gustado, pero no cabía. Luego de un rato ella se calmó. Sonrió con agradecimiento y se fue a la pileta.

La noche de los sucesos anteriormente relatados, el profesor Eusebio Filigranati se encontraba escribiendo su nueva novela: una versión muy extraña de Jack el Destripador. En ésta Jack decide reformarse y cambiar totalmente de ruta. Sigue recorriendo calles y explorando escondrijos, como antes, pero esta vez para destripar a los hombres que intentan hacerles daño a las chicas:

“...ahí, en el ojo ciego del fondo del callejón. Era evidente que el tipo, bajo la amenaza del cuchillo, se disponía a violarla. Jack se acercó, silencioso y oscuro como la Muerte. Lo tomó del cuello, siempre desde la espalda, y tiró hacia atrás. Su objetivo era separarlo un poco de la mujer. Al instante le clavó la navaja en el vientre y se lo abrió.

Seguro que el violador, al principio, no sintió nada. Todo no habrá durado más de tres segundos. Jack se escabulló protegido por una niebla sangrienta.”

Había llegado a este párrafo cuando, a causa de la sugestión de su propio escrito, le pareció sentir una presencia a su lado. Se dio vuelta con horror. Era Teresa, con su cara de loca. Salvo la bombacha inmaculadamente blanca estada desnuda por completo. El profesor comprendió que ella tenía en ese momento un ataque de sonambulismo. “Moverse con prudencia”, se dijo, y fue calmándose. Pero su calma dio paso al erotismo. Cierto que a Teresa la tenía vista y hasta filmada, pero no era lo mismo que en vivo y en directo. Hay chicas que cuando uno les saca el corpiño se lleva una desilusión. Con otras, por el contrario, ocurre que las tetas te avasallan (“avasallar: convertir en vasallo”). Te quedás mudo ante tanta belleza. Acariciar y besar te parece una profanación. Como que no sos digno de tanto. Pasado el primer momento (donde por fuerza quedás estupefacto) uno se recupera. Teresita provocaba todo esto.

Filigranati se levantó de su silla para proceder a acercársele con cuidado.

—¿Qué te pasa, chiquita, mi dulcísimo amor?

Y ella dijo, con esa voz terrible, ronca, lejana, ausente, de los sonámbulos:

—Mi cama, mi cama, me la han sacado... ¿Dónde está la cama de mi papito?

—Vení, mi amor. Yo te llevo a la cama de tu papi.

Y la fue conduciendo, con mucha suavidad, hasta donde Teresa dormía en noches y siestas. Una vez que la la hubo acostado, y antes de cubrirla con la sábana, Filigranati no pudo con su genio y le acarició suavemente los pechos. El profesor sabía muy bien que el asunto era peligroso. La Tere ya había pasado de la crisis de sonambúlica al sueño común. En ese momento le estaba acariciando las tetas a una mujer dormida, que podía despertarse en cualquier momento si se hacía el pícaro.

Luego de taparla con la sábana la besó en la frente y se fue.

A partir de ese momento Teresa tenía todas las noches episodios de sonambulismo. Se le aparecía como un fantasma y con las tetas al aire. Filigranati no aguantaba más. Pero sólo se permitió besárselas. Por otro lado el erotismo entraba en conflicto con el miedo. ¿Y si se despierta?

Entonces, una buena noche de éstas, él se dijo: “¿Por qué no? Si de todas maneras no voy a hacerle daño a nadie. Ojos que no ven corazón que no siente”. Y entonces se decidió a utilizar otro exorcismo que le enseñó su amigo el hindú: cuando una chica tiene crisis sonambúlicas, entre el episodio y el sueño común es posible introducir un sueño mágico (de una hora, más o menos) donde vos podés hacerle de todo sin que ella jamás se entere.

Así lo hizo. Cuando la llevó a la cama, luego del episodio, no las tenía todas consigo: “Muy creído yo de que ella ha entrado en el sueño mágico, pero si resulta que no es así la gorda se despierta y me caga a bollos”. Sin embargo era verdad y a poco se dio cuenta: la Tere estaba hechizada. Fue tomando confianza. Primero que cualquier otra cosa, por supuesto, se dedicó a sus tan amadas y añoradas tetas. Finalmente, Ulises, hemos arribado a Ítaca. Se las acarició, besó, chupó, y a medida que lo hacía iba entrando en delirio. Le sacó el calzón. Ya no se podía parar. Dentro de su locura amorosa tuvo al menos la sensatez de usar preservativo. No sólo para no embarazarla sino también para que no quedasen restos de semen delator.

Al otro día Teresa se levantó muy contenta y sin tener conciencia de nada. No sabía por qué estaba tan contenta.

Filigranati hubiese preferido otra cosa, pero era feliz a pesar de todo. Continuó haciéndoselo durante veintiocho días. Claro que llegado el número veintinueve... Debió saber, el muy tonto del profesor, que hasta los exorcismos tienen sus límites. Una vez completados los cuartos de lunaciones...

Pero antes de que lo fatal sucediese, en cierto desayuno le dijo la no me digas gorda:

—¿Sabés una cosa, Euse?

—¿Qué?

—Me están pasando cosas raras.

—¿Lindas o feas?

—Lindas, creo. Pero me preocupan.

—¿Y qué es?

—Todas las noches sueño lo mismo: un tipo, a quien no le puedo ver la cara, se acerca a mi cama para violarme. Al principio tengo mucho miedo porque sé que no me puedo defender. Me lo hace, pero no es un acto asqueroso, tal como sería en la realidad, sino algo lleno de ternura y amor. Ahí tengo los orgasmos que no puedo tener en la vida real.

Filigranati se hizo el fesa:

—Y bueno, nena, ¿qué más querés? Te sacaste el primer premio de la Lotería Nacional.

La Tere rió sin ganas:

—A veces, sobre todo en los últimos sueños, siento que estoy a punto de despertarme y verle por fin el rostro.

Este dato debió alertarlo, pero él, loco de pasión, no quiso darse por enterado.

Y llegado que fue el día veintinueve Filigranati pretendió hacer lo mismo. Y lo hizo. En realidad esta vez fue mucho mejor que cualquier otra, puesto que Teresa tuvo un orgasmo brutal, a los gritos y no insinuado exteriormente como antes. Lástima que con el orgasmo se despertó y vio el rostro del profesor. Su alarido de furia fue tan terrorífico que Don Eusebio, espantado, se cayó de la cama. La gorda, pese a su volumen, de un solo salto se paró sobre las sábanas. En ese momento, pese a estar totalmente desnuda, a Filigranati ya no le parecía linda. Al contrario: feísima como Medusa, con su cabellera compuesta por serpientes venenosas.

—¡Así que habías sido vos, grandísimo hijo de puta! ¡Me violaste!

¿Disfrutaste el libro que comenzaste a leer?

Podés adquirirlo en www.interzonaeditora.com y en cientos de librerías.

Gracias por apoyar con tu lectura y recomendaciones este proyecto editorial.

interZona es una editorial literaria independiente fundada en Buenos Aires en 2002 que se ha convertido en uno de los espacios de publicación más innovadores y reconocidos de Latinoamérica por la diversidad de autores y de títulos que publica.

En **interZona** verán reunidos a escritores noveles con otros ya consagrados; a los de habla hispana con los de otras lenguas; a los poetas con los ensayistas, los dramaturgos y los novelistas; en suma, a todos aquellos que hacen posible una conversación de voces múltiples, desprejuiciada, vivaz, arriesgada, pero siempre orientada por el estilo y la marca de calidad con la que intentamos perfilar nuestra línea editorial.

INTERZONA